es manifiesta. La libertad, pues, se limitaría al cuarto caso, al de la elección voluntaria y deliberada del mal; pero elección voluntaria del mal no cabe explicárnosla más que por cierta perversidad innata, de suerte que el cuarto caso se reduce en definitiva al primero. — Y así razono todavía.

Partiendo de ahí, claro es que el camino en que me interné tenía que apartarme del que usted sigue.

Sin embargo, nos acerca y nos une el concepto de la caridad: lo que prueba que por encima de todas las religiones y de todas las filosofías, extiende sus alas bienhechoras el Amor.

***

Bien pones los puntos de tu péñola, mi suculenta amiga, pero llevas mal sendero.

Se defiende con fervoroso brío á la Religión y suele criticarse á los curas. ¡Qué contrasentido! No: critiquemos las religiones y defendamos á los ministros de buena fe.

. . . . . .

Soy amigo de bastantes sacerdotes y en mi colección los hay de varias vitolas. ¿Por qué todos, ó casi todos, extraen del cristianismo exclusivamente la nota tétrica, exprimiendo el zumo deprimente y malsano, cuando podrían hacer brillar un mundo risueño con la esencia del amor que hay en esa doctrina?

. . . . . .

Al dicho de nuestro Juan de la Sal, de que «santidad con pretales de cascabeles nunca duró ni fué segura», opondría yo las palabras del simpático San Francisco de Sales—(que si viviera hogaño quizá escribiese piececitas del género ínfimo)—cuando retruecaneaba piadosamente sosteniendo que *«un saint triste est un triste saint»*.

***

¡Alto á la burra! Ó naciste para guardián de serrallo ó eres un mentecatuelo injerto en hipócrita.

Cuenta el Padre Isla de cierto prójimo que al ver la efigie de algún santo, de busto, decía: «Esa es una friolera; santo, santo de medio cuerpo arriba también lo sería yo: la dificultad está en serlo de medio cuerpo abajo».

Ahí tienes planteada la cuestión. *La dificultad* número uno de tu catolicismo está en la inconcebible aversión al acto genésico, en ese estímulo

á mortificar la carne, á pretender la ruina del cuerpo, ¡á exaltar la continencia constante como una virtud, á mostrarnos la castidad absoluta como un ideal!

¡Y desgraciados de quienes, teniendo sangre y nervios; de quienes, al sentir una febricitante oleada de vida, desoigan los mandatos de la naturaleza! ¡Desgraciados de quienes adelántanse á abrir las puertas á la enfermedad y á la locura, para precipitarse acaso en todas las aberraciones, en todos los vicios, en todas las vergüenzas!

Pero no es el punto de los que pueden tratarse *cálamo currente*. La cuestión sexual tiene á mi juicio una importancia enorme, como que de ella depende la vida toda, — y no mires en esto un juego de palabras.

Tal vez otro día te discuta, con más calma, problema tan complejo.

Entretanto, procura no desbarrar al discurrir de tales cosas,

«y déjale al amor sus glorias ciertas».

. . . . . .

***

Gracias, monísima Eva, por tu amable carta en que logras aderezar un adarme de compasión con un quintal de ironía.

No, no he consultado á las eminencias médicas sobre el peligro en que me supones de contraer grave afección cardíaca. La respetable víscera á que aludes funciona, fisiológicamente, á maravilla.

Cuando hace mucho tiempo, ¡mucho tiempo!, casi un mes, borracho de amor desfallecí en tus brazos, cuando recliné mi cabeza en tu níveo, suave, firme y elástico seno, en tu seno que, como el de la esposa del Cantar de los Cantares, «es una taza torneada llena de vino aromático»,—en «tus dos pechos como dos cervatillos mellizos de corza»,—me dormí murmurando: «Panal que destila son tus labios;... miel y leche debajo de tu lengua... ¡Cuán hermosa eres, y qué graciosa, amor mío, en la hora de las delicias!»...

Tú, que no dormías—(¿por qué no dormías?, ¿qué traición imaginabas?)—me dijiste, después, que mi sueño fué al principio hondo y callado, como si la fiebre de tu carne hubiera derretido mi vida; pero que luego tornóse agitado, y me oiste gemir y suspirar y quejarme.

«Es porque me acosté del lado izquierdo»—te

respondí, mientras mordiscaba codicioso la encendida cereza de tus labios. Y temiendo tus burlas no quise contarte mi tremenda pesadilla de aquella noche.

Mas ya que al escribirme, entre bromas y veras, recordaste mi quejumbroso dormir, te diré cómo fué.

Domados mis sentidos, caí en dulce laxitud, sepultéme en profundo sopor y sólo en mi ser parecían despiertas algunas celdillas del cerebro, para hacerme soñar vagamente que había alcanzado la dicha. ¡Dicha exigua la mía, que no pudo llenar ni el espacio de un sueño!

¡No sé cuándo, el dolor entróseme traidoramente y sentí que *alguien* me oprimía de una manera horrible el corazón, pero *desde dentro*, como si habiendo crecido en él, ya en él no cupiera. Aunque hacíame sollozar el daño, quise que continuase, lo observaba con religiosa curiosidad, parecíame que al rompérseme el corazón iba á descubrirme el enigma de mi querer, á mostrarme la imagen de *ella*, y con el ansia de gozar el minuto supremo, yo mismo hundí las uñas en la entraña, desgarrándola, abriéndola, y miré anhelante... ¡Oh! allí estaba *ella*: allí contemplé, atónito, un antifaz por el que asomaban, ardientes y burlones, compasivos y duros, enamorados, fríos, tiernos, crueles, dos ojos de mujer, divinos ojos verdes,... no, tal vez negros... acaso azules.....

Entonces me oiste gemir y suspirar y quejarme.

***

¿De dónde diantre se ha sacado que la capacidad de querer sea limitada, la potencia afectiva tan pobre que *no dé de sí* más que para alumbrar una imagen? Mi pecho es como suntuosa catedral donde cada santa *usufructúa* una capilla... Cierto es que unas velas se apagan y otras se encienden.

La mayoría de los hombres tiene su escalafoncito de afectos más ó menos superficiales, más ó menos hondos.

Ganas me dan de deciros á ti y á tu cohorte de monógamos: «¡Ea, caballeros, sean ustedes francos y confiesen lealmente—lo mismo el grave magistrado que el humilde limpiabotas, el ventripotente canónigo que el dómine escuálido, el prosaico negociante que el melifluo trovero modernista—confiesen y proclamen que se les hace la boca agua admirando el postín de la empingorotada princi-

pesa, la estampa de una jamona de buen ver, el garbo de ciertas chiquillas de gentil trapío, morenas desvertebrantes ó rubias delicuescentes, viudas, casadas, solteras; confiesen y proclamen que unas por *esto* y otras por *aquello*, ya por la belleza en sus diferentes grados, ya por la gracia en sus distintos matices, las mujeres, en plural, se les meten por los ojos hasta adueñárseles del alma, y unas les producen emociones que ustedes se imaginan puramente espirituales, platónicas, y otras les torturan y atenacean la carne con fiebres de deseo, pero á unas y á otras *quieren...*»

Amar á una sola mujer sería contentarse con una flor entre todas las flores, con un perfume entre todos los perfumes, con un solo color de la paleta de la luz, con una sola nota aislada en la magna sinfonía de la creación.

Maruja, *Lucifer*, Cora, *Marina*, Sara... *entre todas*, ¡qué felices habéis hecho mis pocos días felices!

Sí, seamos sinceros: el hombre *no puede* limitarse á querer á una sola mujer; *es natural* que quiera á varias... ¿Verdad, caballeros?

Pero la medalla tiene su reverso de una lógica aplastante. Si admitimos que el hombre puede

querer á muchas mujeres, sucesiva ó simultáneamente, admitamos que la mujer puede querer á varios hombres.

¿Os subleváis, amables tartufos? ¿Vuestro brutal egoísmo de machos se alza sobre la tribuna de seculares prejuicios para protestar contra ese derecho de las hembras? ¡Sois unos imbéciles y unos malvados!

¡Oh! Ya sé en qué hacéis estribar la diferencia. El hombre engendra y, gentilmente, *guarda e passa*; en tanto que la mujer concibe y ya le cayó quehacer, porque la cosa no es fácil de ocultar si no puede cubrir la mercancía con el pabellón de su estado civil de casada; y, si es casada, los más escrupulosos, aquellos que alardean de usar conciencia, encontrarán que el intruso roba á sus hermanos maternos una parte de los bienes del padre de aquéllos... Y ahí duele: los bienes, *la propiedad*... ¡Siempre lo mismo, el miserable interés como alma del maniquí social!

. . . . . .

Creo que he descendido al terreno doctoral y campanudo: elevémonos recordando, á modo de síntesis, las eminentes palabras del *Padre Cobos:*

«Si el progreso progresa y se equilibra,
el hombre es libre y la mujer es libra».

***

Tu verba regocijada y maleante desgránase en risas comentando el casorio de la pobre C. con el repulsivo carcamal de J., majadero fardado de rumbo y fachenda, ahito de pecunia, con tantas lacras como honores y menos honor que salud...

A mí esa boda me entristece.

¡Oh, el día que cualquier viejo vicioso, roído por sucia lubricidad no pueda—como hoy puede, si es rico—escoger, cual manzanas en canasto—mirándolas, oliéndolas, palpándolas—la más fresca, la de carne más firme y sana, la más apetitosa, la más codiciable, la más linda de las mujeres, para babosearla con caricias infames, para someterla torpemente á una posesión nauseabunda!...

¡Oh, el día que cese la estúpida fascinación de los nombres sonoros, el absurdo atractivo de los fetiches nobiliarios, esa extraña locura de vanidad que lleva hogaño vírgenes hermosísimas, hembras admirables—dignas de la cópula de un semidiós—al tálamo irrisorio de aristócratas averiados, pa-

tulea carcomida por la crapulosa holganza de veinticinco generaciones!...

¡Oh, el día que la farsa y la ambición se borren de nuestros pechos y hasta del humano lenguaje, y el amor, sólo el amor, atraiga y sujete, con lazos cuanto más suaves más íntimos, á la mujer y al hombre!

Y no ha de ser tal amor esa enloquecedora fiebre de los sentidos que muerde la carne con dentellada de fuego, que incendia las entrañas, abrasa las fauces, inyecta los ojos, crispa las manos codiciosas de contactos sensuales y convierte á la *prole de Adán* en piara de bestias en celo...

Y no ha de ser tal amor la empalagosa beatitud de angelotes castrados, sumidos en una contemplación infecunda y malsana.

Ha de ser la íntima, la desinteresada, la armoniosa, la llena de dulces misterios, la pródiga de ternura, la inefable fusión de cuerpos y almas; fusión creadora y potente; amor humano, esencialmente humano, que es el más divino amor.

***

No te sorprenda, criticón Mariano, el tono grave en que te escribo. Pasa hoy mi espíritu por una de esas crisis de misticismo en que solemos

caer cuando el flamear de un sentimiento fervoroso derrite las alas de cera de la razón.

Estoy entresacando de mi correspondencia, para incluirlas en un tomo que preparo, algunas opiniones formuladas por mí en épocas distintas; y de ellas se desprende como una glosa de aquel verso: «Un mismo amor puede tener cien nombres».

He creído siempre que la raíz erótica penetraba muy adentro en mi corazón y que ella sustentaba un tallo vigoroso cubierto de nuevas flores cada primavera; he creído con el poeta que es el amor

imagen de una fuente:
el agua pasa; el manantial subsiste;

he predicado la legitimidad de los quereres múltiples... y me detengo afligido presenciando la lucha entre mi orgullosa razón y el sentimiento que estalla formidable y arrolla — como hinchado torrente una barrera de cañas — los datos de la experiencia, las conclusiones del juicio.

«*¡Le cœur à ses raisons, que la raison ne connait point!*».

La quiero, *á ella*, de una manera exclusiva; y si en este amor la Naturaleza burlona y sabia disimula la atracción sexual, si no hay más que una

añagaza del genio de la especie, el artilugio es hábil, á fe mía; pues si mirándome en los ojos de mi amada, besando su boca, estrechándola en mis brazos, he solido sentir que era amo y señor de su cuerpo; ahora, á solas conmigo, lejos de ella, interrogándome, no me tortura la posibilidad de perder para siempre la posesión de ese cuerpo; y *creo*, con toda la firmeza de la fe de los mártires, en la inmutable constancia de mi amor.

A veces he pensado que ella no me quería; he pensado, también, que podría dejar de quererla y he intentado la prueba; mas ya, quiérame ó no, *siento* que sólo *á ella* he querido, que sólo *á ella* quiero, que sólo *á ella* querré. — Y, sin embargo, la razón no se da por vencida, me afirma, asegura, sostiene y repite que el tiempo y la distancia, placeres y penas, nuevas imágenes y otros afectos oscurecerán, esfumarán, borrarán la imagen que adoro, el cariño que es mi vida.

«Que conforme á la experiencia
de un doctor,
es un bálsamo la ausencia
que cura males de amor».

¿Pero eso puede ser? La Razón y la Experien-

cia, sesudas matronas sin alma, dicen que eso puede ser.

Después de todo, ¿qué importa que sea, si para un amor como el mío la eternidad es un momento y un momento es la eternidad? — Sí, soy leal, absolutamente leal, cuando, poniendo toda mi alma en los labios, juro que la querré siempre, siempre... aunque un día llegue que al pasar junto á ella los dos sintamos en nuestros corazones la impresión del vacío.

Me obstino en ajustar mi conducta á los dictados de la razón escueta; pero en el fondo soy un sentimental incorregible.

«Que es inútil la más pura
contrición,
si abona nuestra ternura
flaquezas del corazón».

Creo que mucho se me perdonará, porque he amado mucho.

. . . . . .

En este momento reniego de ti, maestro Schopenhauer, reniego de ti y abomino de tu nefanda doctrina del amor fisiológico.

Platonismo que ridiculicé tanto, ¡bendito seas!

¿Qué soy inconsecuente conmigo mismo? Sin

duda: y prefiero contradecirme mil veces, siendo siempre sincero, al orgulloso é hipócrita prurito de *parecer* hombre de convicciones *fijas*. ¿Quién, que no esté trastornado por dogmas estupefacientes ó enloquecido por insensatas exaltaciones, será capaz de reconocer en su fuero interno que siquiera un instante ha poseído un reflejo de la Verdad absoluta?

. . . . . .

Sueles llamarme *materialista* porque declaro que *no sé* lo qué es el alma. ¿Lo sabes tú, acaso? Conocemos los efectos del calor y los de la electricidad, ¿pero sabemos qué es la electricidad y qué es el calor? En suma: ¿sabemos algo de las causas primeras? — Por eso yo no niego que existan; dudo que sean como pretenden quienes han tenido la soberbia de definirlas en términos concretos, groseramente, casi como algo tangible.

¡Si en el fondo resulto mucho más *espiritualista* que tú!

Yo, que admito sin dificultad la posible evolución desde el protista al superhombre, escandalizando tu concepto del génesis, yo, anhelo y busco la verdad, el amor, la justicia, y pienso que hay goces más altos, más puros, más hondos que los que te preocupan y te parecen únicos, que los

placeres y el logro de la fortuna instrumento de placer.

Me parece absurdo clasificar las almas como fichas de juego, por colores. Nuestro cerebro es el prisma en que se descompone la luz de la vida tiñendo de distintos matices nuestras ideas, según la posición en que estemos colocados. El menor cambio de postura hace que los colores del iris se desparramen sobre otras zonas de nuestro espíritu, trocando en rosa ó azul celeste lo que era rojo de sangre ó tristón ultra-violeta.

***

¡Misericordia!

Sin duda anteanoche te acostaste idiota y ayer amaneciste además superñoño. Bien, chico, bien. La moral, caserita; los lugares comunes, muy comunes; las memeces de estilo... *¡Toute la lyre!* Estás á la altura de un párvulo de la doctrina y voy, por tanto, á contestarte en forma de catecismo.

P. Decid, niño: ¿conocéis algo más indigno, más bajo, más repugnante que la prostitución?

R. Sí, conozco la prostitución *reglamentada*, elevada al rango de otras instituciones sociales,

vigilada, y más que vigilada protegida—y en consecuencia fomentada—por los gobiernos celosos que se convierten así en rufianes *(souteneurs)* y alcahuetes.

P. Y en esa escala de infamia, ¿cabe todavía algo más torpe, más inicuo, más hondamente inmoral que la prostitución reglamentada?

R. Sí, cabe: es mucho más inmoral el matrimonio, la unión *forzosa*, el fornicio *obligatorio*, con la coacción externa de leyes y religiones, ya sea en su aspecto más odioso, de lazo absolutamente indisoluble, ya en la forma atenuada, con la puerta de escape del divorcio en sus distintos grados.

. . . . . .

Veo desde aquí la cara de macho cabrío triste que pondrás cuando leas estas irreverentes líneas. ¡Qué horror! ¡Qué desvergüenzas digo del *sacramento!*

No te acongojes: esa y otras vejeces que parecían intangibles «cuando Fernando sétimo—gastaba paletó», ahora nos indignan ó nos mueven á risa.

¡Todo está patas arriba!

No desespero de que mañana se tome como estandarte la salida del epigramático Villergas: